

Plegarias en un cielo fugitivo

El lugar donde rezan las putas o Que lo dicho sea

de José Sanchis Sinisterra

Todo creador lleva por delante el pálido rebaño de sus obsesiones. Un puñado de temas y de sombras, de heridas fundacionales y deslumbramientos que, de un modo u otro, lo acompañarán desde la primera hasta la última línea. Pero esto sólo ocurre si nos encontramos ante un autor con quilates de verdad y de talento, con alegría y desesperación de serlo.

Los que nos dedicamos al ejercicio anfibio de escribir para el teatro, hemos reconocido siempre en José Sanchis Sinisterra a uno de estos escasísimos y necesarios ejemplares (esto último es adjetivo más que sustantivo). Como obra de un dinamitero luminoso y humanista, su escritura lleva décadas haciendo saltar por los aires aquello que la costumbre nos hizo creer inamovible.

Lúcido como un geiser, metódico como una tormenta, ha configurado con las décadas una geografía teatral tan singular como universal. Este atlas dramático tiene paisajes poéticos, otros que se abren al ensayo, a la antropología, a la narración; todos aquellos territorios que le fueron arrebatados al teatro por los mercenarios del realismo mimético. Es un teatro que confía en el espectador y por eso le confía también parte del misterio creador, siguiendo las reflexiones de Tarkovsky.

Para esta empresa casi quimérica, Sinisterra ha instalado su voz en el margen, en los límites, en lo fronterizo. Lo hace

con un optimismo glandular e infatigable pese a las injusticias de este jodido mundo o precisamente por ellas, contra ellas. Como parte sustancial de esta militancia entusiasta, ha formado también escuadrones de autoras y de autores. Una universidad de un solo hombre (y muchos cómplices) cuya alma mater está ahora instalada en una antigua corsetería del madrileño barrio de Lavapiés. Un espacio para el encuentro, para la reflexión, para la resistencia. Irreducible y a prueba de desaliento. Un semillero de ideas en el que las heridas de este mundo —el cambio climático, las migraciones forzadas, el sometimiento de la mujer, etc.— se convierten en material teatral y así la asamblea poética de la polis no las olvide.

Precisamente esto último, la debilidad o potencia del teatro y sus artífices, su capacidad de maniobra y su sentido en tiempos de rabia, es uno de los ejes fundamentales de la escritura de Sinisterra y del texto que aquí nos ocupa. Porque como Ríos y Solano en *Ñaque o de piojos actores* (1980) y como Carmela y Paulino en *¡Ay, Carmela!* (1986), Patri y Rómulo —los dos protagonistas del texto que aquí sigue— son un ñaque, una compañía teatral compuesta sólo por dos actores. Las tres obras forman así una suerte de trilogía quizá involuntaria; un carromato ambulante y frágil que recorre esto que llamamos España en todos los sentidos del tiempo: desde el siglo XVII, pasando por la Guerra Civil hasta quedar instalado en esta última obra en el ahora mismo.

Pero nada más equivocado que pensar que se trata de una mirada formal, un juego metateatral de los de mirarse el ombligo. Los

seis personajes de todas las obras citadas son representantes porque son actores y representan papeles, sí, pero fundamentalmente son representantes de lo que somos. De nuestra fragilidad, de nuestras miserias, de nuestros anhelos. También forman parte de esta galaxia otros textos del autor como *Pervirtimento y otros gestos para nada* (1988) o *El cerco de Leningrado* (1990), aunque insisto en la condición de trilogía de las tres primeras.

En *El lugar donde rezan las putas o Que lo dicho sea* los protagonistas son Rómulo y Patri, una pareja de jóvenes actores. El tío de uno de ellos (Roque, quizá por uno de los propietarios de la legendaria, misteriosa y mal famada casa de Tócame Roque) les ha cedido para sus empeños teatrales un galpón, garaje o almacén, también albergue y amparo de prostitutas. Allí discuten si ocuparse en su siguiente obra de Hipatia y su discípulo Sinesio o bien de Lise y su compañero Arthur London. Ya sea la historia de una filósofa neoplatónica en la Alejandría del siglo IV o la de una militante comunista del siglo XX, está claro que no se mueven al dictado de la taquilla ni de los supuestos reclamos de los espectadores.

Pero como todos los jóvenes, y más los teatreros, Patri y Rómulo también quieren llevarse el mundo por delante y “agitar la modorra política de nuestra sociedad consumista y cibermema”. Hay una mirada tan tierna como mordaz, tan benévola como afilada, en el retrato de estos dos actores. Pero siempre profundamente compasiva. Porque, con sus excesos y fobias, con sus pedanterías e incongruencias, son dos disidentes de una lógica capitalista que sólo nos quiere como fuerza de producción y consumo.

Creo reconocer en su lenguaje huellas y deudas que no son sólo las propias de los atiborrados de ficción sino un homenaje a sus predecesores en el gremio. De ahí que algunas líneas resuenen absolutamente contemporáneas, pero otras tengan vuelo cervantino y de un castellano que se ha ido perdiendo. Rómulo y Patri son parte de una estirpe desastrada pero necesaria, aquella que “aquí se hace pedazos, / ya está entero en un instante. / Ya está vivo, ya está muerto. / Ya es de piedra, ya es de carne. / Es más pesado que el plomo / y más ligero que el aire. / Sin alas sube a los cielos / y de allí en un punto cae”, como definió Lope de Vega a los representantes, nuestros actores. Precisamente esta obra ha sido escrita para dos de ellos, tan jóvenes como los personajes que representan: Paula Iwasaki y Guillermo Serrano.

No quisiera en estas líneas destripar una de las sorpresas de un texto en el que lo político se da la mano con lo fantástico. Pero el autor abre una grieta para que emerjan las voces de los olvidados. El teatro tiene la posibilidad no sólo del recuerdo sino de anular incluso la muerte durante el tiempo de la representación. Es tan sólo una ilusión, ¡pero qué ilusión! Mucho del teatro de Sinisterra cede la palabra, “la lengua escrita, el corazón, a los nombres que de otro modo se perderían entre las hierbas, los siglos y las piedras”, tal como escribió Quignard. Como en el teatro bajo la arena, de García Lorca, Rómulo y Patri descienden para encontrar y encontrarse sin máscaras, para revolver aquello que intentamos esconder en los sótanos del relato oficial:

- RÓMULO Sí: Patri y yo, como dos traperos, buscando, encontrando, descartando...
- PATRI Zurciendo, descosiendo, recortando...
- RÓMULO De entre un... volcán de ropa vieja que no paraba de brotar del sue-...
- PATRI De las cloacas de la Historia, con mayúscula.
- RÓMULO Eso: de las cloacas de la Historia.

Aquí se juega a una esperanza imposible, la Historia que pudo ser y no fue, pero que quizá necesitamos más que nunca. Esta obra es portavoz de “las voces mudas”, aquellas que tienen contadas las palabras, que se desvanecen en el infinito de las nuevas, en el aluvión ruidoso de nuestro cotidiano. Rezan los Perdidos por lo imposible. Pero no es inútil, no debe serlo para nosotros. Las voces de “los de abajo” lanzan una plegaria al cielo fugitivo que la representación teatral abre mientras sucede. Una bengala de auxilio que ilumina nuestra oscuridad para mostrarnos la posibilidad de un camino más justo. “Un teatro que diga lo que pudo ser. Para que lo dicho sea”.

Debemos agradecer a Sanchis Sinisterra tanto destello.

Alberto Conejero